

ABRE EL OJO,

Ó S E A

-12-

EL AVISO A LOS SOLTEROS

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESCRITA POR DON FRANCISCO DE ROJAS:

Y REFUNDIDA

POR D. F. E. CASTRILLON.

Representada por primera vez en el teatro de la calle del Príncipe.

PERSONAS.

Doña Clara Sra. María García.
Doña Beatriz Sra. Pinto.
Doña Hipólita Sra. Palma.
D. Clemente Sr. Ponce.
D. Julian Sr. Ortega.
D. Juan Martínez Caniego . . . Sr. Querol.
Isabel, criada de Clara Sra. Virg.
Inés, criada de Hipólita . . . No habla.
Sebastiana, criada de Beatriz. Sra. Carlota.
Martín id. de D. Clemente . . . Sr. José García.
Teneblario id. de D. Julian . . Sr. Oros.

La escena es en Madrid. El teatro figura una calle, y en ella la casa de Doña Hipólita.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Juan Martínez y Teneblario.

(mand. fuer.)

Juan. **E**stá muerta esta mugèr, llá-
ó dónde diablos se esconde?

Ten. Quando ya no te responde
no te quiere responder.

Eso de locura pasa: (q. llamas fuer.
no dés tan fuertes porrazos. viéndole

Juan. La puerta he de hacer pedazos:
si habrán salido de casa?

Ten. Puede ser. Ruido no siento,
ni menos perro ladró.

Juan. ¿Perro? á la que quiero yo
jamás perros la consiento.

Ten. ¿Por qué no?

Abre el ojo,

ES C E N A II.

Juan. Dice un refran
nadie dá lo que no tiene.

Ten. ¿Pero eso á que viene?

Juan. Viene.

Perro no dará al galan
la que antes no le prevenga.
Por eso á mi dama á fé,
porque perro no me dé
la quito que perros tenga.
Es cosa de mal agüero,
que va un hombre á ver su dama,
y quando á la puerta llama
le recibe lo primero,
enseñando tanto diente,
el perro: pasa adelante,
y con el perro delante
entra el pobre pretendiente
hasta llegar al estrado.
Comienza á tratar de amores,
solicitando favores,
y en tanto el perro enroscado
al lado de la belleza
parece representar
el perro que le han de dar
en pago de su fineza.

Ten. Tienes caprichos estraños.

Juan. Oh, Teneblario, esta es ciencia
que debo yo á la esperiencia
de mis malogrados años.
Pero calla, ¿no es aquella
Hipólita?

Ten. Si que es,
y con ella viene Inés,
su pedigueña doncella.

Juan. Y otros dos, que es lo peor.
De celos rabiando estoy;
¿Quando yo la busco hoy
para pintarla mi amor,
con estilo el mas florido,
hállo la puerta cerrada,
y veo viene escoltada
de un galan!

Ten. Rompe atrevido
por todo, y....

Juan. Chito, que viene.
A un portal nos retiremos,
y despacio pensaremos
lo mejor que hacer conviene. *Se reti-*

*D. Clemente, Martin, Doña Hipólita,
Inés, y Juan y Teneblario escondidos.*

Hip. Digo que no te has de ir.

Clem. ¡Hay mas cansada muger!

Mart. Señora, tiene que hacer.

Clem. A Dios.

Hip. No he de consentir
que te vades de mi lado.

Mart. Ve que tu padre le llama.

Hip. Quien le llama es otra dama.

Clem. No ví amor mas porfiado.

Hip. Ni yo un hombre mas ingrato.

Juan. Oycs Teneblario,

Ten. Sí.

Hip. ¿Qué queja tienes de mí?
¿cánsate mi honesto trato?

Clem. No, que tus celos me cansan.

Hip. Sin amor no los tuviera.

Clem. Pequeños ya los supliera,
mas los tuyos mucho pasan
de la marca regular.

Hip. ¿Gracias tienes, quando ves
que yo estoy rabiando?

Clem. Es

por no hacerte mas rabiár.

Hip. Muy bien: la culpa he tenido
de tenerle voluntad
y amor.

Clem. Es mucha verdad,
que jamás lo he merecido.
¿Yá ves como no te niego
quanto dices?

Hip. Ah traidor,
quál te burlas de mi amor!
conoce que es todo fuego.

Clem. Y yo por mi natural
al yelo soy inclinado.

Hip. Es que estas acostumbrado
á gastar lenguaje tal
con las otras que tu quieres,
y por eso aqui le escucho,
pero adviértote que hay mucho
de mugeres á mugeres.
Nombrame quien me nombró,
(bien exáminarlo puedes)
doña Hipólita Paredes,
pero las paredes no;

y es cosa muy desayrada
que me quieras igualar
con las....

Clem. ¿Quiéreme dexar,
señora muger honrada?
Paso una vida con ella
de perros.

Hip. Por qué razon?

Clem. Para tí toña ocasion
es ocasion de querella.
Si vengo temprano á verte
dices: ¡ Dios mio, qué hora!
por cierto que esa señora
muestra muy poco quererte,
pues te deja levantar
tan de mañana. Si tardo,
dices aguanto el petardo,
pues por fuerza ha de faltar
á alguna quien tantas tiene.
Si vengo ácia medio día
dices, bien por vida mia,
esto vá como conviene,
tu amor dividido está,
y no me quejo de tí,
los medios días aquí,
las medias noches allá.
Si notas que triste estoy
dices: visita tenia
la dama: si mi alegría
te choca, mé dices, hoy
has logrado un gran favor
y en tu semblante lo indicas.
Si estoy despacio réplicas,
¿tiene esa dama otro amor
y has perdido la esperanza?
Si estoy acaso de prisa
dices, con falsa sonrisa,
vé, no estrañe la tardanza.
Si algun regalo te doy
dices: esto allá sobró.
Si nada te traigo yo
grítas, la segunda soy,
y es fuerza mucho dinero
para regalar á dos.
Muger, dejame por Dios
quererte como te quiero,
que ya no puedo sufrir
la molestia fastidiosa

de mirar que no hago cosa
que no te dé que decir.
Por cierto que no comprendo
lo que tú quieres de mí
con tan necio frenesí.

Hip. Ya conozco que te ofendo
en quererte y en zelarte,
y por lo mismo verás
que con zelos de hoy en mas
no tengo de molestarte.

Clem. Pues vaya una prueba.

Hip. Quál.

Clem. Pues mi padre me llamó
permite que vaya yo.

Hip. La obediencia es natural.
A Dios *con indiferencia.*

Clem. Te acompañaré
hasta dexarte en tu estrado.

Hip. Te precias de bien criado,
pero aquí no hay para qué
te molestes.

Clem. No es molestia
servirte.

Hip. Qué falso.

ap.

Clem. Ven, *(vans.*
quiera Dios que pare en bien. *ap. y*

ESCENA III.

Juan Martinez y Teneblario.

Juan. ¿Hás visto un hombre mas bestia?

Ten. Ni un hombre que á tí se iguale
en cachaza.

Juan. No seas necio.

Ten. Si ella te hace tal desprecio,
¿quién á la calle no sale
y cierra con el galán?

Juan. Segun la continúa guerra
que sufre, no hay en la tierra
mas desdichado rufian.
Harto mejor le castigo
si quiero a la otra dexarle.
pues ella á fuerza de amarle
le trata como enemigo:
sigueme.

Ten. Y á donde?

Juan. Voy
á ver á Clara.

Ten. ¿La quiéres?

4

Abre el ojo,

Hombre eres de dos mugeres.
Juan. Mira si me sirve hoy.
 Es buena tal prevencion
 quando esto en el mundo pasa.
 Éa Hipólita á tu casa
 echo ya la bendicion,
 y á la dama de repuesto
 me acojo...

abren.

Ten. Que abren repara.
Juan. Alto, pues, á ver á Clara,
 que esta se enturbió.
Ten. Sea presto

vanse.

ESCENA IV.

D Clemente y Martin.

Mart. Yo me estaba consumiendo
 al verte despacio hablar:
 tu Clara mudó de casa,
 y fué su erizada ya
 á decirlo.

Clem. Dónde vive?

Mart. Segun las señas que dá
 en la calle de las Huertas.

Clem. Pues vamos que cerca está;
 pero quién habrá pagado
 el medio año?

Mart. Necedad,
 como no le pagues tú
 mas que le pague el Soldan:
 si tú pagarlo no puedes
 no vayas a preguntar
 quién dió el dinero, ó quién no,
 porque te responderán
 que no le han pagado, y luego
 te le harán á ti pagar.
 ¡Pero ay Dios!

Clem. ¿Qué te sucede?

Mart. Que aquí llega D. Julian,
 hablador, y entremetido
 qual nunca se ha visto igual.

Clem. Pues huyamos de el.

Mart. No es fácil,
 que nos ha atisvado ya.

Clem. Mas sin embargo anda aprisa.

ESCENA V.

Dichos, y D. Julian.

Jul. D. Clemente.

Mart. Oir, y andar.

Jul. Ah D. Clemente.

Clem. Ya es fuerza
 responderle. D. Julian,
 ¿pues qué haceis por estos barrios?

Jul. Nada; que he visto pasar
 un carro lleno de trastos
 de Doña Clara Guzman;
 una dama á quien yo adoro.

Clem. ¿Martin?

Mart. No hay que martinear,
 que ya estoy en todo el caso.

Jul. Ayer vine de un lugar,
 y yendo á verla á su casa
 hallo que no vive ya.

Hoy vi el carro, le seguí,
 pero hallé junto al corral
 de comedias dos amigos,
 con ellos púseme á hablar,
 y haseme perdido el carro.

Mart. No es mucho, tú por charlar
 perderás hasta el pellejo.

Clem. De ese modo que esperais,
 si como decís perdisteis
 el carro?

Jul. Que ha de pasar
 quando vuelva de vacío,
 y el carretero dará
 las señas de donde fué.

Mart. Brava industria con verdad.

Clem. ¿Y si son de otra los trastos?

Jul. Yo bien puedo asegurar,
 que vi un estrado y alfombra,
 sin seis sillas de nogal
 y baqueta de Moscovia,
 que hecha la cuenta me están
 en tres mil reales de plata
 que ya pagué real á real.

Clem. Mucho os cuesta la tal dama.

Jul. Aún cuestame mucho mas
 en suspiros.

Clem. ¿Y ella os quiere?

Jul. No sé si me engañará,
 pero me dice que sí.

Clem. Oyes?

Mart. Mentira será:

repara que si esta otra
nos vé parados estar
ha de caer en sospechas.

Clem. Dices bien: vamosos ya
á decir dos mil injurias
á Clara.

Mar. Mucho será
que ese amigo lo permita.

Clem. Le engañaré; D. Julian,
puesto que aguardais al carro
vuestra licencia me dad.

Jul. No, que habiendooos encontrado
os tengo de acompañar.

Mart. ¿No lo dige?

Clem. Pero el carro...

Jul. Quien sabe si volverá
por otras calles.

Clem. Voy lejos.

Jul. ¿Pues qué tan léjos será?

Clem. Junto al rastro.

Jul. Cabalmente
tengo una visita allá.

Clem. Vamos por unos dineros.

Mart. Y por Dios que real á real
he de contar los diez mil,
(de esta manera se irá)
No he de tomallos apeso.

Jul. Yo te ayudaré á contar.

Mart. Ya escampe.

Clem. Martin qué haré?

Mart. Señor, vamos á S. Juan
al entierro de D. Carlos.

Clem. Dices bien, mejor será,
que debo mucho á su casa.

Jul. Yo tengo por necesidad
ir á entierros.

Clem. Es forzoso.

Jul. Lo siento.

Mar. Vaya se va.

Clem. Era grande amigo mio
el muerto.

Jul. Si hay amistad
tan grande, solo por vos
me iré con él á enterrar.

Mart. Enterrado te vea yo.

Clem. No me puedo separar
de este posma.

Mart. Lo mejor

es que empezemos á andar,
y ver darle cantonada
en el camino.

Clem. Será
la cosa mas acertada:
¿con qué venís á S. Juan?

Jul. Solo por acompañaros.

Clem. Si es eso; vamos allá,

Mart. Por Dios que todo Madrid
le hemos de hacer pasear.

ESCENA VI.

Sala de casa de Clara: ésta, é Isabel.

Isab. ¿Te gusta este quarto?

Clar. Si.
solamente por ser nuevo.

Isab. Perdoname si no apruebo
que en todo pienses asi

Clara. Calla y arregla el estrado
pues D. Clemente vendrá.

Isab. Sin duda no faltará
porque ya dejé el recado.
A este avisaste primero
que á nadie.

Clar. Que extraño es,
si aunque me visitan tres
solo á D. Clemente quiero.

Isab. ¿Qué haces con los otros dos?

Clara. Consentirlos.

Isab. No comprendo,
tu capricho.

Clara. Yo me entiendo.

Isab. Explícamelo por Dios,
que no puedo penetrar
por qué tres amantes tienes,
y á todos los entretienes,
si á uno solo has de premiar:
á mi muy mal me parece
los engaños.

Clar. No es gran daño,
si á cada uno en este engaño
doy el puesto que merece.

Isab. ¿Le dás su puesto?

Clar. Es así,
y porque veas mi razon
voy á hacerte relacion

del cómo vivo yo aquí.
 Surca ese golfo del Prado
 la nave de mi belleza,
 y apenas á hacerlo empieza,
 quando de uno y otro lado
 se comienzan á arrimar,
 viniendo por rumbos varios
 los piratas y corsarios
 que la quieren apresar.
 Con suspiros que son fuego
 me intiman la rendicion,
 pero yo en esta ocasion
 todas las velas desplego,
 y fingiendo me retiro
 me los llevo ácia alta mar
 donde los llevo á cansar,
 y todas sus fuerzas miro.
 Unos requiebros disparan
 que no me alcanzan jamás,
 porque es pólvora, y no mas:
 otros mas diestros preparan
 la artillería de ofertas,
 y atayno las velas yo,
 porque nada se perdió
 en comprobar si son ciertas.
 Hecho anclas, y por probar
 si fué falso aquel embido,
 suelo disparar un pido
 con que los vengo á obligar
 á una capitulacion,
 donde conozco al instante
 si el tal es buen navegante
 ó viaja por diversion.
 Supuesto que amarme quiera,
 intímole que es forzoso
 que trate de ser mi esposo,
 pues no soy nave corraera
 de las que con rumbo incierto
 los mares suelen cruzar,
 y siempre están en el mar
 sin llegar jamás al puerto.
 Muchos ya me dan el si
 de esposo, y no creo á todos,
 por lo qual invento modos
 para cerciorarme asi
 de su mentira ó verdad
 con que unas treguas firmando
 vienen, me hablan, y observando

voy su buena calidad.
 He aqui el motivo Isabel
 por que yo entretengo á tres,
 hasta conocer cuál es
 el mas constante y mas fiel.

Isab. Muy bien, pero hallo un reparo.

Clar. ¿Cuál?

Isab. Que te quieras casar
 con D. Clemente Aguilar
 no tiene nada de raro.
 Pero que tu esposo sea
 D. Julian el hablador,
 me parece que es error,
 porque tú no eres tan fea
 que á esclavitud te condenes
 solo por tener marido.

Clar. Es rico, aunque no entendido,
 y me cautivan sus bienes.

Isab. ¿Y en Juan Martínez Caniego
 que hallas?

Clar. Su buen natural.

Isab. No vi mayor animal.

Clar. Es necio, no te lo niego,
 pero rico.

Isab. Nada importa,
 si su bolsa irregular
 es larga para guardar,
 y para sacar muy corta.
 Por no tener precision
 de encender luz en su casa,
 hizo un bujero que pasa
 hasta la otra habitacion
 del vecino, y por allí
 se alumbran amo y criado.
 Yo no sé qué has esperado
 que te pueda dar á tí
 un hombre que es tan roñoso.

Clar. Miserable con caudal
 puede hacerse liberal
 pero el pobre aunque garvoso
 jamás de pobre saldrá,
 y aunque voluntad tuviese
 el regalo que el me diere
 muy poco ó nada será:
 dichosa me llamaría
 si á Clemente acompañara
 el caudal.

Isab. No es cosa rara.

llegue á tenerle algun dia.

Clar. Lo que tarde en ser oidor
tardaré yo en ser su esposa.

Isab. ¿Pero dí: no estás dudosa
de la verdad de su amor?

Clar. O sabe disimular,
ó sabe ser fino amante.

Isab. Calla, porque en este instante
por la puerta le veo entrar.

E S C E N A VII.

Dichas, y Clemente.

Clar. Dices bien, él es, Clemente,
¿cómo no me das los brazos
despues de tres dias de ausencia?

Clem. Quita cocodrilo falso
que despedazarme intentas
llamándome con halagos.

Clar. ¿Qué dices: estás celoso,
ó loco, que vale tanto?

Clem. Loco me tuvo el amor,
y me curó un desengaño;
y así...

Clar. No sigas Clemente,
que es fuerza tratar despacio
este punto: siéntate...

Clem. No es posible.

Clar. Por mi mano
te presentaré la silla.

Clem. Si, pues siempre por tu mano
vienen los agravios míos.

La silla que me estás dando
es testigo que acredita
la falsedad de tu trato.

Clar. ¿Esta silla?

Clem. Quitala,
ó la haré dos mil pedazos:
corre traidora á ofrecerla
al mismo que la ha comprado,
por lograr de esta manera
tener asiento en tu estrado:

D. Julian de Mata sea
quien te enamore hasta tanto
que desengañado quede.

Clar. Ya he entendido todo el caso:
zelos tienes, es verdad?

Clem. No son zelos los agravios,

y así traidora inconstante...

Clar. Señor D. Clemente, paso:
¿de quando acá vos zeloso?

vos de quando acá indignado
conmigo, sabiendo vos

que en el amor de acá abajo
nunca puede pedir zelos

quien no los pide sobre algo?
¿Pobrecito, y muy zeloso?

Si pensais que yo no valgo
mas de aquello que yo os cuesto,
poco valgo en este caso.

¿Traidora á mi, señor mio?
pues por qué no haceis reparo,
que en vez de haberos vendido
soy yo la que os he comprado?

Clem. Clara, dexemos las chanzas;
bien sabes que te idolatro
con el amor mas rendido,
que será tuya mi mano
apenas mis pretensiones
tengan el fin deseado.

Clar. Y hasta entonces, D. Clemente,
pensais que del ayre paso?

Clem. Diosa te juzgó mi alma.

Clar. Siento te hayas engañado;
pero aunque yo fuese diosa,
¿quándo á los dioses faltaron
los sacrificios?

Clem. Mi pecho
te rendía en holocausto
el corazon.

Clar. Poca cosa.

Clem. ¿Poco dices?

Clar. Y es bien claro:
el corazon es la alaja
que en el pecho vale algo;
pero en sacándole, á Dios,
arrojarle es necesario.

Clem. Que siempre has de estar de burlas.

Clar. Quieres que chanzas dexando,
con formalidad te cuente
lo que huvo en este caso.

Clem. Si quiero.

Clar. Pues oyeme.
Me vió como uno de tantos
D. Julian, y le agrada:
quiso aspirar á mi mano,

y solo encontró desvíos.
Isab. Va de mentira.
Clar. Empeñado
 en lograr su pretension
 me hizo no sé que regalos,
 que admití por recompensa
 de los muchos malos ratos
 que su lengua, y su tontuna
 me hacian sufrir, y quando
 pensé yo que se cansaba
 de solicitar en vano
 mi corazon, me envió
 esa alfombra, y ese estrado.
 Entonces yo, conociendo
 que pues me habia enviado
 sillas queria de asiento
 establecerse á mi lado,
 me aproveché de su ausencia
 para mudarme á este barrio,
 donde no es fácil que me halle
 por estar muy apartado
 del otro en que yo vivia.
 Es preciso que este chasco
 le quite las esperanzas
 que él se habia figurado.
 Mira aqui toda la causa
 de esos zelos. Un estrado
 dado por un necio amante,
 que en recompensa ha logrado
 un desaire.... Dueño mio,
 dame la mano, y seamos
 amigos como primero.

Clem. Pero D. Julian.

Clar. Es claro.
 que le aborrezco,

Clem. Ah!.

Clar. ¿Lo dudás,
 quando confirma esta mano
 las palabras de mi boca?

Clem. Eres muger.

Clar. Pero te amo,
 y una muger con amor
 siempre habla verdad. *Uaman.*

Isab. Llamaron?

Clem. Puede sea D. Julian
 que quedó en Jesus hablando
 con uno.

Clar. Nada me importa,

Abre el ojo,

ap.

verás que le desengaña
 delante de tí. Isabel
 abre la puerta.

Isab. Volando.

vase.

Clem. ¿Cón que á mi amor correspondes?

Clar. Me haces a gravio en dudarlo:
 solo desco ser tuya.

Sale Isabel.

Isab. Doña Beatriz Bolaños
 viene á verte.

Clem. Ay mas desgracia
 Beatriz aquí... *ap.*

Clar. Temprano
 ha tomado la visita
 la casera.

Clem. ¡Qué he escuchado!
 ¿es suya esta casa?

Clar. Si;
 ¡pero te has sobresaltado!
 ¿la conoces?

Clem. No.

Clar. Clemente
 no me engañes.

Clem. No te engaño;
 pero dexa que me esconda
 no me vea.

Clar. ¿Qué reparo
 tienes?

Clem. El que no mormure
 de tu opinion.

Clar. Yo no alcanzo
 que hay fundamento para ello.

Clem. No le hay: mas sin embargo
 mejor es que no me vea:
 yo me retiro á este quarto
 hasta que se vaya.

Clar. Escucha.

(conde.

Clem. Nada... esto es necesario. *se es-*

Clar. ¿Si será su dama?

Isab. Puede;

pero mira que aguardando
 está en el recibimiento.

(Isab.

Clar. Que entre. Por el cielo santo, *vase.*
 que si es verdad mi sospecha
 me he de vengar de este falso.

E S C E N A VIII.

Clara, y Beatriz.

Beat. ¡Vecina mia!

Clar. ¡Señora!
disimulad que aguardando
os haya tenido.

Beat. La hora
es disculpa. ¡Habeis pasado
buena noche?

Clar. Para mí
todas son buenas. Sentaos.

Beat. No amiga, que esta visita
será corta.

Clar. Sin embargo,
habeis de tomar asiento.

Beat. Por complaceros lo hago.

Clar. Me parece hemos de ser
muy amigas.

Beat. Mucho gano
en que así se verifique.

Clar. Mia será en ese caso
la dicha. Ya ha mucho tiempo,
que sin haberos tratado,
os conozco. De este modo
saber mis zelos aguardo. *ap.*

Beat. ¿Podré saber cómo fué?

Clar. No tengo ningun reparo:
una amiga me elogió
vuestra belleza.

Beat. Es sentido,
que tambien sería mi amiga
quando así habló.

Clar. No: al contrario,
era una contraria vuestra.

Beat. ¿Qué decis? Creo no he dado
causa á ninguna para ello.

Clar. Vuestro rostro es quien la ha dado.

Beat. Mi rostro?

Clar. Si, pues por él
á la dama de quien hablo
la hicieron algun desayre.

Beat. Me alegrára saber cuándo,
y cómo fué.

Clar. Os lo diré,
que entre damas no hay reparo.
un D. Clemente no sé
el apellido) prendado
de ésta señora que os digo,
la ofreció palabra y mano
de esposo; despues os vió,
y á su palabra faltando

se declaró vuestro amante.

Beat. ¡Mi amante!

Clar. Ved que no salgo
por fiadora del lance:
cuento lo que me contaron,
y quizás me engañarian.

Beat. No, amiga, no os engañaron:
D. Clemente es quien aspira
á coronar con mi mano
su amor.

Clar. Decid, ¿y os visita?

Beat. ¿Por qué es la pregunta?

Clar. Hablaron
de tal modo de ese jóven,
que cierto gana me ha dado
de conocerle: presumo
que no hallareis en lo que hablo
motivo alguno de zelos.

Beat. Vos sois muy capáz de darlos;
pero el amor de Clemente
le tengo muy comprobado.

Clar. ¡Ah traidor! *ap.*

Beat. Pero hasta ahora
en esta casa no ha estado,
ni aun sabe que en ella vivo.

Clar. Paréceme muy estraño.

Beat. Quando sepais el motivo
no lo estrañareis... ¿llamaron? *llaman.*

Clar. No importa... seguid diciendo.

Beat. Estos son cuentos muy largos,
y así...
Sale Isabel.

Isab. Señora, D. Juan.

Clar. A qué mal tiempo ha llegado:
que aguarde un rato.

Beat. No es justo.

Clar. Es Regidor de Betanzos,
y medio pariente mio,
es decir que no le trato
con cumplimiento.

Beat. No importa:
recibidle, y mas despacio
hablaremos otra vez,
ya que en casa nos quedamos.

Clar. Bien decis

Beat. A Dios.

Clar. Dexad
que os acompañe.



Beat. Es en vano,
y no lo he de consentir.

Clar. Como gustéis... Yo me abraso *ap.*
de zelos... *vase.*

Isab. Tocó la vez
á D. Juan?

Clar. Que entre, y finjamos
amor; pues de esta manera
me vengaré de ese falso.

ESCENA IX.

Clara: Juan Martínez é Isabel, y
Teneblario.

Clar. D. Juan, mi señor, mi bien,
cómo habeis tardado tanto
en venirme á ver: será
que no habeis la casa hallado
hasta ahora.

Juan. A ti alevosa
es á la que no he encontrado,
que la casa allí se estaba.

Clar. Pues no os dieron el recado
de que me mudaba!

Juan. No.

Clar. Isabel:::

Isab. Este regaño
es en memoria de aquel
que está en el quarto encerrado. *ap.*

Clar. ¿Qué dices?

Isab. Que me perdones
si me olvidé...

Juan. No enfadarnos
por poca cosa: Lo cierto
que á no ser por Teneblario
que toda la antigua calle
recorrió de arriba abajo
preguntando por la casa
de la mudanza, no damos
contigo en un año entero.

Isab. Ni un mes hubiera pasado
yo sin buscarte.

Juan. Lo creo.
Este es amor Teneblario,
y no el de la otra.

Ten. Veremos
lo que sale.

Clem. Yo he escuchado á la puerta.
voz de hombre... Con efecto,
galan bien estafalario
por cierto.

Clar. Sientate.

Juan. Si.

Clar. ¿Qué tal te parece el quarto?

Juan. Bonito por vida mia:
quánto cuesta.

Clar. Cien ducados.

Juan. Fuego de Dios: en mi tierra
no vale tanto un palacio:
¿pagaste, segun costumbre,
el medio año adelantado?

Clar. Ya está.

Juan. Pues toma un consejo:
no vuelvas a dar un quarto
hasta que te echen por fuerza
á la calle, y es birato
entonces el quarto.

Isab. ¡Cómo!
¿un Regidor de Betanzos
dá un consejo tan ratero?

Clar. No ves que se está chanceando
el Sr. D. Juan?

Juan. No tal,
aconsejo lo que hago
yo mismo. Por cierto que ahora
estoy acá meditando
poner pleyto á mi casero.

Clar. ¿Y por qué?

Juan. ¿No me ha alquilado
la casa por todo el tiempo
que yo la ocupe?

Clar. Es sentado.

Juan. Tambien lo es que todo el dia
en otras casas le piso:
conqué así ha de rebajarme
del precio que está ajustado,
por lo menos la mitad,
pues de pagarle no trato
la casa, sino aquel tiempo
que *fisice* en ella me hallo.

Clar. ¡Qué gracioso eres!

Clem. ¡Habrás

muger de gusto mas raro!

Isab. Señor D. Juan.

Juan. ¿Qué me quieres?

Isab. ¿No esterareis este quarto?

Juan. Esterarle á costa mia?
eso fuera andar rodando
mi caudal por esos suelos:
ademas, ya está el verano
encima, como quien dice.

Isab. ¿Pues en enero no estamos?

Juan. Es verdad, mas por febrero,
segun dice aquel adagio,
ya busca la sombra el perro,
mira que harán los cristianos.

Clar. Par: todo halla salida;
no vi un ingenio mas claro.
Dices muy bien, pasará
sin esterar este quarto,
que no es razon que malgastes
el caudal que te ha costado
tantas tareas y afanes.

Juan. ¿Oyes esto Teneblario?
di, ¿daria este consejo
otra?

Clar. Quien te quiere tanto
como á su vida, es preciso
que no te arruine.

Juan. Yo alabo,
aun mucho mas que tu amor,
esa prudencia de un sabio.

Clar. Mi amor se precia de fino,
y de desinteresado.

Juan. Y aun eso es amor en paz,
porque en habiendo regalos
todo es dares, y tomares:
deja, que has de ir á Betanzos
á ser Regidora, y todos
rabiarán al ver que me hallo
dueño de tanta hermosura.

Clar. Yo seria en ese caso
la dichosa.

Juan. Y yo el dichoso;
pero, pues ya he descansado...

Clar. Marcharte quieres?

Juan. No, hermosa,
lo que quiero es ver el quarto:
la salilla es regular,
las demas piezas veamos.

Clar. No entres en ellas.

Juan. ¿Por qué?

Clar. Porque estan llenas de trastos.

Juan. No importa, bien cabré yo.

Isab. Habrá uno mas. *llaman.*

Juan. Han llamado. *vis. Isab.*

Clar. Mas si será D. Julian,
que la casa habrá acertado *ap.*
como es tan entremetido.

sale Isabel.

Isab. Señora, ya volvió el carro,
con la ropa y los dos mozos.

*Clara estará hablando aparte
con Isabel.*

Juan. ¿Mozos! Vamos Teneblario,
no pidan los ganapanes
para beber, y el rechazo
caiga sobre mi bolsillo.

Ten. Muy bien lo has pensado: vamos
huyendo de socabiñas. *(Clar.)*

Isab. No tengais ningun cuidado, *ap. á*
que yo haré que los dos mozos
lo bajen todo del carro
con mucho tiento.

Juan. A Dios Clara.

Clar. Donde vas?

Juan. Voyme arrimando
ácia mi casa, que es hora
de comer.

Isab. Si es muy temprano.

Juan. No: y ademas vivo léjos.

Clar. ¿Y volvereis pronto?

Juan. En quanto comas.

Isab. Bien pronto será.

Juan. A Dios hechizo adorado.

Clar. Hasta la tarde bien mio.

Juan. Hombre, nunca la he encontrado
tan cariñosa.

Ten. Será
porque allá en el otro quarto
se dejaría el desden.

Juan. Sea por lo que sea, vamos,
no me acometan los mozos. *vanse.*

Isab. ¿Qué le dirá á su criado?

Clar. Alguna majadería.

Isab. Pues voy á arreglar los trastos
que han venido. *vase.*

Clar. Y yo mis zelos
voy á vengar entre tanto.

E S C E N A X.

ACTO SEGUNDO.

Clara y Clemente.

Vista de calle distinta de la del acto primero.

Clar. Salid Sr. D. Clemente,
no tengáis ningún reparo
que ya se fué vuestra dama.
Clem. Sí, porque cedió el estrado
á vuestro galán.
Clar. ¡Traydor!
Clem. Mis zelos he presenciado.
Clar. Primero supe los míos.
Clem. Eres mudable.
Clar. He tomado
tu exemplo.
Clem. Común disculpa,
dirás que así te has vengado.
Clar. Me hice justicia á mí propia.
Clem. Muy pronto te has enterado
en los casos de justicia;
no me admiro, ni lo extraño,
que es tu amante un Regidor.
Clar. Sabe que vive en el quarto
de arriba la que tu adoras.
Clem. Y que te vas á Betanzos.
Clar. ¿Qué en fin tienes otra dama?
Clem. Si; pero estamos pagados.
Clar. La dama es muy como tuya.
Clem. Y el galán pintiparado
para una alevosa.
Clar. Sé
que me ama.
Clem. Yo he notado
eso mismo en Beatriz.
Clar. Pues corresponde á su halago,
y jamas vuelvas á verme.
Clem. Como siempre he venerado
á la justicia, la cedo
el derecho de tu estrado.
Clar. A Dios para siempre.
Clem. A Dios.
Clar. Juro por los cielos santos
que te he de matar á zelos.
Clem. No tendrás que figurarlos;
pero pues me agraviás tú
yo vengaré mis agravios.

E S C E N A I.

Don Clemente y Martínez.

Mar. Que á Clara vuelvas á hablar!
no he visto mas necio error.
Clem. Que quieres? téngola amor,
y no la puedo olvidar.
Mart. Pero si ella admite á tres,
cómo te puede querer.
Clem. También yo hablo á otra muger,
y con todo Clara es
la que mi amor prefirió,
y así, aunque llegó á ofenderme,
bien puede un amor tenerme
como el que la tengo yo.
Mart. Es amor de conveniencias
que á todos gustos conviene.
Clem. No es amor todo el que tiene
del amor las apariencias:
Tan solo por diversion
á las otras adré,
y á Doña Clara entregué
de veras mi corazón.
Mart. Qué tanto me hubiese alegrado
hallarme contigo yo
quando Beatriz la habló.
¡Nunca me hubieras dexado
con el maldito hablador,
é incansable D. Julian!
Clem. Cuéntame ya cómo fué
librarte de él.
Mart. Esperé
á qué habtase el charlatan
todo quanto le dió gana
con el otro que encontró,
y apenas vi que acabó
le dixé que ácia Santa Ana
nos esperabas: de allí
á la Plaza le llevé,
y al primer corro que halle
de D. Julian me perdí:
antes de que me encontrase
yo escapé lleno de miedo

por la calle de Toledo.
Clem. Fortuna fué no te hallase.
Mart. Sí que lo fué: pero di,
 Beatriz de quando acá
 compró casa?
Clem. Eso me dá
 mucho que pensar á mí;
 tan rica no la juzgaba.
Mart. Puede ser que haya heredado
 desde que te has retirado
 de su casa.
Clem. La trataba
 por diversion con frecuencia,
 y ella me ofreció su mano,
 pero súpolo su hermano,
 se enojó, y la competencia
 no quise yo sostener
 pues amor no la tenía.
Mart. Yo eso mismo contaría
 á Clara, y aun puede ser
 que la contentes así.
Clem. Lo que falta es que lo crea.
Mart. Siempre lo que se desea.
 se cree muy bien. Allí
 viene ella, si no me engaña
 la vista.
Clem. Tienes razon.
Mart. Hablala, pues la ocasion
 te se presenta y con maña
 procura paces hacer.
Clem. Mas de modo que no crea
 que soy yo quien lo desea.
Mart. Eso es saberlo entender:
 eres maestro vive Cristo.
Clem. Calla que se acerca aquí.

ESCENA II.

Dichos, Clara é Isabel.

Isab. Mira á tu querido allí.
Clar. Calla Isabel: ya le he visto;
 pero fingir me conviene
 que no le vi.
Isab. Linda cosa
 es hacer la desdenosa.
Clar. Pues enojada me tiene
 me quiero hacer de rogar.

Isab. Dices bien: vamos á casa.
Mar. Lo ves? sin hablar se pasa,
Clem. Ya es fuerza llegarla á hablar:
 doña Clara.
Clar. Quién me llama?
 Jesus, sois vos!
Clem. No os asombre
 verme.
Clar. No estraño que un hombre
 venga á visitar su dama.
Clem. ¿Mi dama? Con nombre tal
 no os quiero nombrar ahora.
Clar. Lo dije por la señora
 de este quarto principal.
 Cerrado tiene el balcon,
 estraño que no esté en él.
Clem. Mi corazon, ó cruel,
 juzgas por tu corazon:
 como vienes de buscar
 á D. Juan tu fino amante....

Interrúmpele con viveza.

Clar. Por eso he dicho al instante
 que á la otra vienes á hablar.
Mart. Bravo quite vive Dios.
Clar. Subid sin mas detencion,
 no sea que salga al balcon,
 y se enoje con los dos.
Clem. ¿ La temeís?
Clar. No: pero es bueno
 vivir con la vecindad
 en santa paz y amistad.
Clem. Ah Clara cuánto veneno
 llevan las palabras tuyas.
Clar. Pero el veneno, Clemente,
 aun no ha sido suficiente
 para hacer que de mí huyas.
Clem. ¿Luego presumes que á tí
 he venido á visitar?
Clar. ¿Cómo puedo yo pensar
 que vienes á mi?
 con tus amantes estremos
 entiendo el fin que pretendes,
 y en fin entiendo....
Clem. ¿Qué entiendes?..
Clar. Que los dos nos entendemos.
 Me engañaste, te engañé,
 con que pagados quedamos,
 y así no es justo riñamos.

Clem. En fin, Clara, acábase
el fingir, y hablemos ya
con verdad.

Isab. D. Julian viene. *ap. á ella.*

Clar. Mucho á mi intento conviene.

ESCENA III.

Dichos, y Don Julian.

Jul. Ola, ¿estamos por acá?

Clem. Solo nos faltaba ahora
su visita impertinente.

Jul. ¿Pues qué amigo D. Clemente,
conocéis á esta señora?

Clar. Pensaba este caballero
que estaba el quarto vacío.

Jul. ¿Pues qué es eso, amigo mio,
casa os falta? Daros quiero
un quarto en mi calle, que es
la mejor que hay en Madrid:
Clara ya vuelve: venid
á verle.

Clem. Iremos despues.

Mar. De qualquier necio me rio,
qué este á todos sobre pasa.

Jul. Clara, ofrecele la casa,
que es un grande amigo mio.

Clem. ¿Qué irá á responder.

Clar. Ahora
sus zelos aumentaré:
si es eso conózcame
por su mayor servidora,
pues basta...

Clem. ¿Que es lo que escuchol

Clar. Ser amigo tan sincero
de sugeto á quien yo quiero,
para que os estime mucho.

Clem. La merced debo estimar,
y que me hallareis espero
en este quarto primero
quando me querais mandar.

Jul. ¿En este?

Clem. Sí.

Jul. ¿Cuyo es?

Clem. De una prima hermana mia.

Jul. ¿Vais á verla?

Clem. Sí.

Abre el ojo,

Jul. A fé mia,
que voy á besar sus pies.

Mart. ¡Hay mayor entremetido!

Jul. Vamos.

Clar. Luego habrá lugar,
que ahora yo os tengo que hablar.

Clem. Si es eso, yo me despido:
á Dios señora.

Se entra él y Martinez.

Isab. Que va
á ver á su dama. *ap. las dos.*

Clar. No.

Isab. Si la escalera subió.

Clar. Aunque la suba no irá.

Jul. Vaya, tu casa veamos.

Clar. Abre la puerta.

Isab. Ya voy.

Clar. Veremos quién vence hoy;
ven Julian.

Jul. Clarita vamos.

*Se entran, y salen Don Clemente
y Martinez.*

Mar. Por Dios que la puerta abrieron,
y que se han entrado en casa.

Clem. ¿Martín qué es lo que me pasa?

Mart. Lo que pasa á los que hicieron
alarde de su valor
en las guerras de Cupido.

Clem. Bien dices, aquí el rendido
es el que vence mejor.

ap. Mar. Has de entrar, ó te has de ir,
en tanto que están hablando?

Clem. Estaba yo imaginando
un arbitrio para oír
lo que hablan.

Mar. ¿Cómo será?

Clem. Está abierto el patio?

Mart. Sí. *asonád. á la puert.*

Clem. El quarto en que me escondí
tiene ventana que dá
á ese patio. Sigueme,
que es bien fácil la subida.

Mart. Linda traza por mi vida.

Clem. Mis zelos confirmaré
de este modo, y vive Dios
que si ilego á confirmarlos...

Mart. ¿Qué haras?

Clem. Salir á vengarlos

dando la muerte á los dos. *vans.* llegaron otros primero á ocupar...

ESCENA IV.

Sala de la casa de Clara.

Don Julian , Clara , Isabel , y luego Clemente y Martínez.

Jul. Tienes muy bonito quarto, aunque es un poco pequeño, y puesto que ya le he visto, siéntate porque tenemos mucho que hablar esta vez.

Clar. Aguardad por un momento: Isabel viste salir *ap. las dos.* á D. Clemente?

Isab. Me he puesto á la reja, y no ha salido.

Clar. Mas si subiria en efecto á ver la otra?

Isab. Presumo que así habrá sido.

Jul. ¿Qué es eso?

Isab. Nada señor.

Jul. Es que á mí no me gustan los secretos.

Clar. Ni á mí me gusta tampoco que vos seais tan grosero, que en mi casa..

Cul. Poco á poco, y pues á reñirte vengo no empieces riñiendo tú.

Clar. ¡A reñirme!

Jul. Toma asiento, y oyeme con atencion.

Clar. Que haya de sufrir á un necio, quando apenas en mi estoy segun me ciegan los zelos! *(quart.)*

Clemente y Martínez á la puerta del

Mart. Lindo escondite para oír quanto hablan.

Clem. Guarda silencio.

Jul. Pues señora doña Clara, habrá como mes y medio que en el Prado os ví una tarde, y tan tarde, á lo que entiendo, que por mucho que corrí

Clar. ¿El qué?

Jul. El lugar

que en vuestro divino pecho queria yo pretender; sin embargo, dos requiebros os dixé, y no se quebraron en el camino, supuesto que llegaron al oído, y que respuesta tuvieron: citásteisme á vuestra casa, ponderasteis vuestros deudos, os informasteis tambien de mi nobleza, y sabiendo que soy D Julian de Mata, admitisteis al momento la palabra que yo os dí de ser vuestro esposo.

Mart. Creo

que ella la admite de todos los que llegan.

Clem. Escuchemos.

Jul. Proseguian las visitas, pero lo del casamiento me pareció iba muy largo: siendo breve mi deseo: os hice varios regalos para rendir vuestro pecho, y mirando que soy rico, y con amor, que es lo mesmo, que ser tonto por dos lados, pedisteis con muchos ruegos que un estrado os enviase: hizelo yo con efecto, preciándome de galan, y quando estaba creyendo que habiendo asientos pedido queriais tener asiento, de la noche á la mañana, mientras yo estube en mi pueblo mudasteis de casa y barrio sin darme noticia de ello.

Clar. Eso ha sido...

Jul. Aun falta mas: volví á Madrid, y al momento fuí á vuestra casa antigua, informéme por estenso,

pero todos me negaron
noticias del paradero
que llevabais. Sin embargo,
tales cosas me dijeron,
que me hicieron sospechar.

Clar. ¿Y tenéis atrevimiento
de sospechar de mí?

Jul. Sí;
y escuchad la causa de ello.

Mart. Esto es de mucha importancia.

Jul. Quando principio tubieron
mis visitas, me dixisteis
que nunca podía veros
como no fuese de noche,
y eso de prisa y corriendo,
por la reja las mas veces,
y siempre...

Clar. La causa de eso
es que mi hermano me zela.

Jul. En el hermano está el cuento:
por qué de día tambien
no os zela ese caballero?

Clar. ¿De día?

Jul. Sí, quando van
á veros otros sugetos,
pues á lo menos ya sé,
que tengo dos compañeros
en la oposicion.

Clar. En fin,
todo ese largo rodeo,
tan lleno de impertinencias,
fué para pedirme zelos?

Jul. Si señora, y es preciso
que en este instante aclaremos
este punto. Conoced
que yo estas cosas entiendo,
y que de nada me espanto.
Si tenéis un quebradero
de cabeza, nada importa,
con tal que en este momento
me prometáis despedirle,
y ser mi esposa.

Clar. No quiero
responderos.

Jul. ¿Por qué causa?

Clar. Me desaytrára en hacerlo:
las mugeres como yo
nunca aman á dos á un tiempo.

Mart. ¡Qué tal!

Clem. ¡Ah falsa traidora!

Jul. No penseis que satisfecho
me dexais con esas vanas
protestas. En estos tiempos
es comun el admitir,
por via de pasatiempo,
la conversacion de muchos,
y es muy fácil que este exemplo
hayais seguido.

Clar. Ofendeis
de ese modo mi respeto.

Jul. No es contra la estimación
que un honesto galanteo
recibais, y aun mas diré,
que no he de dudar por esto
el que me tengais amor.

Clar. Estraño sois vive el cielo:
cómo es posible que yo
no falte al cariño vuestro
escuchando á otro galan.

Jul. Siendo con el pasatiempo,
y no mas.

Plar. ¿Y eso es posible?

Jul. La prueba tengo en mi mesmo
yo obsequio á una cierta viuda...

Clar. ¿Qué decís?...

Clem. El por lo ingenuo
me gusta.

Jul. Por diversion
la digo quatro requiebros,
que no pasan de la lengua,
y la verdad de mi afecto
es para tí.

Clar. Pues sabed
que yo consentir no quiero
esa alternativa. Andad,
y pues que sois tan grosero,
que en mi presencia contaís
vuestros necios galanteos,
no volváis á verme nunca.

Jul. ¡Cómo nunca! Está muy bueno,
que no me he ofendido yo
porque con tanto secreto
te mudastes, y te ofendes
porque he contado sincero
una aventura amorosa?

Clar. No puedo tener afecto

á quien con otra me ofende.

Jul. Y podré yo estar contento sabiendo que tienes dos que te visitan?

Clar. Si zelos me dais, cómo pretendéis que satisfaga á los vuestros.

Jul. Esa es disculpa.

Dentro Juan Martinez.

Juan. Há de casa? *á Clar.*

Isab. Juan Martinez de Caniego *(ap.)*

Clar. ¿Qué haremos?

Jul. ¿Quién es quien llama?

Clar. Es un pariente que tengo en Madrid: escondete. *golp dent.*

Jul. ¿Esconderme yo? no quiero.

Clar. Si eres noble...

Jul. Sí lo soy, pero como mis intentos son el que seas mi esposa, nada importa que tus deudos me conozcan.

Juan dentro.

Juan. ¿No hay quien abra?

Clar. Que no quieras?

Jul. He resuelto no esconderme. Abre la puerta, ó sino la abro yo mesmo, *vas. Isab.*

Clar. ¡Hay un hombre mas extraño! *ap.*
Jul. Voy á imaginar un medio para saber si es su amante el que llama.

ESCENA V.

Dichos, Juan Martinez, y Teneblario.

Juan. ¿Quánto tiempo habeis tardado? ¡más ola! ¿qué busca este Caballero?

Clar. Dice que este quarto es suyo, que tiene hecho arrendamiento á la dueña de la casa.

Jul. Ola, mentira tenemos; *ap.* yo la seguiré por ver la salida de este enredo.

Juan. De ese modo la casera dos escrituras ha hecho.

Jul. Y la mia es anterior por derecho,

Juan. Apostemos *ap.* á que es embuste de Clara?

Jul. ¿Que decis?

Juan. Que será cierto. Pero en Provincia os diran si teneis mejor derecho; que ésta no es escribanía.

Jul. Contemplad...

Juan. Nada contemplo, y así salid de esta casa.

Jul. No procedais desatento conmigo, ó sabré vengarme.

Juan. ¿De qué modo?

Jul. Con mi acero.

Juan. Sabeis que soy Regidor de Betanzos?

Jul. ¿Qué con eso?

Juan. Hombre no sabeis que soy Juan Martinez de Caniego?

Jul. Sois Juan Martinez?

Juan. Si soy, tratadme con mas respeto.

Jul. ¡Amigo del alma mia! *le abraza.*

Juan. ¿Es loco?

Jul. Viven los cielos, que sí á mi padre encontrara no me holgara mas.

Juan. ¿Qué es esto?

Jul. ¿Mas que no caeis en mi?

Juan. No caigo; pero tropiezo.

Jul. No os acordais que en Betanzos comí con vos?

Juan. No por cierto.

Jul. ¿Quando pasé á la Coruña no os acordais del cortejo que me hicisteis?

Juan. ¿Quánto há?

Jul. Habrá un año.

Juan. No me acuerdo.

Jul. Quien recibe el beneficio se ha de acordar.

Juan. Es muy cierto: sin duda decis verdad.

Ten. ¡Eso dices! *ap. á el*

Juan. ¿Yo que pierdo en que este hombre sea mi amigo?

Ten. Pero no miras...

Juan. Ya veo, *ap.*

que todo esto es un embuste,
y por lo mismo pretendo
seguirle á ver en qué para.
Jul. Cómo quedan vuestros deudos,
que á todos les debo mucho?
Juan. Gracias á Dios todos buenos.
Jul. ¿Nunca os hablaron de mí?
Juan. Dos mil recados me dieron
para vos.
Jul. ¿Y cómo está
aquella señora.
Juan. Quedo
hombre, que no soy casado.
Jul. Cogiome (*ap.* Preguntar quiero
por aquella señorita;
ya me entendeis.
Juan. Ya os entiendo.
Clar. ¿Qué dama es esa?
Juan. Mi hermaná:
este hombre sabe un secreto *ap.*
que á ninguno he revelado.
por el siglo de mi abuelo,
que se lo he contado yo,
aunque de ello no me acuerdo.
Jul. ¿Qué casa tiene en Betanzos
el Señor Martinez!
Juan. Eso,
la mejor que hay en la tierra.
Jul. ¿Pues luego, no tiene el pueblo
en un puño?
Isab. Sí, en un puño
lo tiene él todo.
Juan. Creer debo *ap.*
que este hombre es amigo mio;
pero lo que yo no creo
es que haya sido mi huesped.
Clar. Isabel trae luces presto,
que anochece ya.
Isab. Al instante. *vase.*
Jul. Venid conmigo, que hemos
de beber juntos.
Juan. Mil gracias.
Jul. Ha de ser.
Juan. Yo nunca bebo.
Sale Isabel.
Isab. Buenas noches. *con luces.*
Juan. ¿Lindas velas!
Jul. Lis de Betanzos para eso,

que allí las traen del Ferrol
como de cera.
Juan. Ello es hecho.
Jul. Ea vamos á beber.
Juan. Otra vez, que ahora no puedo.
Jul. Cierto que sois hombre corto.
Ten. El siempre lo es.
Jul. ¿Fuera bueno,
que se dijese de mí
que quando en Madrid os veo
no os obsequio!
Clar. Asi se fuera. *aparte á Isabel.*
Isab. Yo te ayudaré. Ya es eso
no estinar vuestros amigos.
Juan. Dice muy bien. Yo lo acepto.
Ten. ¿Qué vas con él á beber?
Juan. Pues di, maldito, qué pierdo
en que me convide á mí;
si fuera al revés, yo apuesto
que le costára trabajo.
Ten. ¿No miras que sus intentos
son sacarte de esta casa?
Juan. Es que yo tambien deseo
echarle fuera, y asi
bebo á su costa, y le echo
de casa.
Jul. ¿No vamos?
Juan. Si.
Jul. No sabeis cuánto agradezco
el favor... en el camino *ap.*
he de saber qual empeño
tiene este hombre con Clara.
Señora, guardaos el cielo,
yo soy Don Julian de Mata,
y siempre un esclavo vuestro.
Juan. ¿Don Julian de Mata sois?
otra vez á daros vuelvo
estos brazos en albricias
de haberos hallado.
Jul. ¿Luego
no me habiais conocido?
Juan. ¿Mirad qual soy! no por cierto;
sino conozco otra cosa:
vamos, señor, al momento
á beber, y aun á cenar
si quereis.
Jul. Bravo embustero *ap.*
es el Señor Juan Martinez.

Clar. ¿Quién es este Caballero?

Juan. No oyes? un amigo mio.

Clar. De quando acá.

Juan. Desde el tiempo que tiene hecha la escritura para este quarto.

Jul. ¿Qué es eso?

Juan. Despedirme de Clarita: vamos no se vuelva duelo el combite. Ea, quitad.

Jul. Señorita, á los pies vuestros. *vans.*

SCENA VI.

Clara, Isabel, y luego Clemente y Martin.

Clar. Gracias á Dios que se han ido.

Isab. Parece que mal aguero tiene esta casa contigo, porque se van descubriendo tus embrollos.

Salen Clemente, y Martin.

Clem. Dices bien.

Isab. ¡Ay Dios m'ó!

Clar. Cómo es esto, tú en este quarto.

Mart. Es que somos medio brujos.

Clem. Encubierto en esa pieza escuché tus traiciones, y mis zelos.

Clar. Clemente.

Clem. Calla traidora, *golpes.*

dirás que fué todo esto una venganza: tres somos los engañados.

Clar. Prefiero tu cariño al de los tres.

Clem. A todos dirás lo mesmo.

Clar. Tu tambien á Beatriz se lo diras.

Clem. No empezemos la antigua disputa, Clara. Es verdad que mis obsequios

la dirigí pero fué antes de mirarte.

Clar. Y eso cómo se podrá probar.

Clem. Es evidente, supuesto que ignoraba yo que aquí vivia ella.

Clar. Segun eso es falso que ibas á verla quando te encontré?

Clem. Mi intenteo fué vengarme.

Clar. En lo que dixe no llevaba mas objeto que darte zelos.

Clem. Es falso, pues Don Julian...

Clar. No te niego. que á él y á Don Juan escuché amorosos devaneos, pero jamás ocuparon ningun lugar en mi pecho.

Clem. Quien me lo asegura?

Clar. Yo: quizás volverán muy presto, y entonces diré lo mesmo en su presencia. ¿No es esto suficiente?

Clem. ¡Ah! cómo sabes que soy tu esclavo, y no puedo de la cadena apartarme.

Clar. Puen acabense los zelos, y cree que soy muy tuya.

Clem. Ventura mia es creerlo. *golpes*
¿A donde son esos golpes? *(dentro.)*

Isab. A la reja.

Clar. ¡Santos cielos!

Clem. Te turbas? temes que sea otro galan?

Clar. Nada temo, mas sin embargo...

Clem. Traidora, este es un engaño nuevo. *golpes*

Mart. ¿Cuál llaman! *(dentro.)*

Clar. Mira qu'én es.

Isab. ¿Quién llama con tanto estruendo?

Dentro Hipólita.

Hipol. Una muger es, abrid.

Mart. La viuda es, viven los cielos.

Clar. ¿A quién busca?

Hipol. A Don Clemente.

Mart. Ya nos pescó sin remedio

Clar. ¿Traidor, oyes esto?

Clem. Clara...

Clar. Pideme ahora zelos
del que llama á la ventana.

Hipól. ¿No sale ese Caballero?
abrid, ó alborotaré
toda la calle.

Mart. Esto es hecho.

Clem. Dueño mio...

Clar. No me nombres
quando tus infamias veo.

Clem. Antes que te viese á tí
traté á esa dama, y no puedo
desengañarla, aunque...

Clar. Calla,
que tus engaños no creo.

Clem. Mi corazon solo es tuyo,
mas por no hacerla un desprecio
niega que estoy en tu casa.

Clar. ¿Que te niegue?

Clem. Esto te ruego
por mi amor, y por tu vida.

Hipól. Den Clemente, salid presto.

Clar. Ya es preciso resolverme. *abre*
¿A quien buscáis? *la vent.)*

Dentro Hipólita.

Hipól. Eso es bueno,
á Don Clemente Aguilar.

Clar. No vive ese Caballero
en este quarto.

Hipól. ¡Qué gracia!
Yo sé muy bien que está adentro,
por que su voz escuché;
abrid la puerta al momento,
ó alboroto el barrio.

Martín *llegándose poco á poco á la*
ventana.

Mart. Chispas,
que la viuda tiene fuegos.

¡Ay señor, que vino en coche!

Clem. ¿Qué haremos Clara?

Clar. ¿Qué harémos?
Abrir, y sepamos ya
á quien engañas.

Clem. No puedo
desayraria.

Clar. Esto es preciso.

Mart. Lo mejor es escondernos.

Clar. Eso no: abre la puerta á *Isab que*

Clem. Terrible estás. *(se vá.)*

Clar. Vive el Cielo
que he de averiguar ahora
si fué tu amor verdadero.

ESCENA VII.

Dichos é Hipólita.

Clar. Entrad, señora, y sepamos
quién os ha dado derecho
para venir á mi casa
de ese modo.

Hipól. Como dueño
de Don Clemente he venido
á reclamarle.

Clar. Eso mesmo
puedo yo alegar.

Hipól. Es falso.

Clar. Que lo diga él.

Clem. No me atrevo
á desmentir á ninguna.

Clar. Habla, 'no guardes silencio:
di en presencia de esta dama
lo que me estabas diciendo.

Hipól. Dí lo que de ella esta tarde,
por satisfacer mis zelos,
me dixiste.

Clar. ¿De mi?

Mart. Ay
lo que se va descubriendo.

Clar. En fin, qué dixo de mí?

Hipól. Que solo per pasatiempo
os hablaba: que á pesar
de desengaños diversos
vos le buscabais si él
faltaba algun dia á veros.

Clar. Es posible que tal diga?

Hipól. Y que yo sola soy dueño
de su corazon, y tanto
que me desayro si zelos
tengo de vos, pues no sois
capaz de causarme zelos.

Clar. ¡Ay desprecio semejante!
infame, mal caballero.

Clem. Clara... advierte.

Clar. Qué disculpa
puedes encontrar, grosero?

Hipól. Ni qué disculpa tampoco

necesita?

Clar. Eso está bueno,
porqué no ha de disculparse?

Hip. Fuera faltarme al respeto,
y faltar á su palabra:
vente conmigo.

Clar. Primero
que lo consienta....

Clem. Señoras...

Hip. Di, traydor, ¿no ha mucho tiempo
que aspiras á ser mi esposo?

Clar. ¿No vienes con ese intento
á mi casa?

Hip. Habla.

Clar. Responde.

Clem. Solo de este modo puedo,
sin desairar á ninguna,
á una y á otra responderos.

Hip. Eso no: no te has de ir.

Clar. Cierra la puerta *á Isab.*

Clem. Teneos.

ESCENA VIII.

Dichos, y Beatriz con luz.

Beat. Qué bulla es ésta, señoras:
doña Clara no consiento
que en mi casa... ¡mas qué miro!
¿Traydor, tú aquí?

Hip. ¿Cómo es esto,
le conoceis tambien vos?

Beat. Por mi mal ha mucho tiempo
que le conozco. Aleviso,
pagas con estos desprecios
mis finezas?

Hip. ¿Qué otra dama
tienes?

Mart. Si fuerán saliendo
todas las damas que tiene
un siglo durará el pleito.

Clar. En fin, Clemente, ya ves
mi desayre.

Hip. Ya estas viendo
mi razon.

Beat. Y mis ofensas.

Clar. Conque resuélvete presto
á decir á qual engañas

Beat. Estando yo aquí, primero
soy que nadie.

Clar. No es tan claro
Beatriz ese derecho
que no admita competeneias.

Hip. Mirad...

Beat. Advertid...

ESCENA IX.

Dichos, Juan Martinez y Teneblario.

Juan. Qué estruendo,
sepamos qué ha sucedido.

Hip. ¡Ay Dios!

Clar. Fácil es saberlo.

Don Clemente de Aguilar
me ha elegido por su dueño,
y antes que me viese á mí...

Beat. No prosigais que es incierto
lo que decis. ¿Quántos años
ha que os conoce?

Clem. No hablemos
de antigüedad, el amor
no tiene edad.

Juan. Es muy cierto;
pero vos á quién amais?
pues segun lo que yo entiendo
esta vez es el amor
cuenta de partir

Beat. Yo espero
que no niegue la palabra
que me ha dado.

Clar. Yo lo mesmo.

Juan. ¡Eso dices á mi vista!

Clar. Si os entretuve algun tiempo
con esperanzas fingidas,
ya os desengañó.

Juan. Estoy fresco.

Clar. Ya ves cumplo mi palabra;
y así á qué aguardas?

Clem. Es cierto;
ya es preciso resolverme:
Beatriz....

Beat. Acaba presto.

Clem. Hipólita...

Juan. ¿Cómo Hipólita,
traydora, qué aqui te veo!
entras en la oposicion?

Hip. Clemente ha de ser mi dueño.

Beat. y Clar. No será.

Juan. Callad: Clemente,

Abre el ojo.

perseguidor sempiterno
de quantas damas yo miro,
cómo á tres á un mismo tiempo
pretendes...

Hip. Del mismo modo
que vos estais pretendiendo
á dos.

Juan. Desde esta mañana
no hay tal cosa, y solo quiero
á Clara, y no habrá ninguno
que se atreva...

Clem. Yo me atrevo
á disputaros su mano.

Mart. ¿Qué haces?

Clem. De este modo intento,
sin elegir á ninguna,
librarme de todas.

Mart. Bueno.

Clar. Pues que mi mano defiende
ya me elije.

Beat. No es lo mismo
defender que preferir.

Clem. Señoras este momento
no es posible me decida,
y pues este caballero
se opondrá á la que tal vez
eligiera, ya es empeño
de mi valor responderle,
pues en casos como estos,
por mas que el amor obligue,
el valor es lo primero.

Don Juan.

Juan. ¿Será desafío?

Clem. Si señor: decid el puesto, *(el. ap. á*
y la hora

Juan. Mas despacio
lo pensaré.

Clem. ¿Cómo es eso?

Juan. Como me dá á mí la gana.
¿dónde vivis?

Clem. ¿A qué efecto
lo preguntais?

Juan. Porque sí.

Clem. En la calle de Tudescos.

Juan. Pues mañana muy temprano
os avisaré del duelo
el sitio.

Clem. Quedad con Dios. *vas. y Mart.*

Clar. Oye, aguarda...

Juan. Zepos quedos,
hasta mañana el asunto
queda indeciso.

Beat. Si es eso
me retiro.

Hip. Y yo tambien.

Juan. Te acompañaré, aunque veo
tus ofensas.

Hip. No D. Juan,
ya se acabó el amor nuestro.

Juan. Yo creo que no empezó;
mas sin embargo no quiero
que vayas sola de noche.

Hip. ¿He traído coche?

Juan. Me alegro,
con eso iré descansado,
que harto me molió los huesos
el diablo de D. Julian
con su maldito refresco:
vamos.

Hip. Esto me faltaba.

Juan. Contigo he de ir, no hay remedio:
á Dios la de los tres novios. *vas.*

Clar. Isabel, en el momento
dame el manto.

Isab. ¿A dónde vamos?

Clar. A D. Julian buscar quiero.

Isab. No hay quien te entienda.

Clar. No es mucho,
si á mí propia no me entiendo.

ACTO TERCERO.

Vista de calle.

SCENA I.

Don Clemente y Martinez.

Mart. Señor, parece increíble
la aventura que nos pasa.

Clem. No he visto un hombre mas raro
que el tal D. Juan.

Mart. Y que Clara
se enamore de su talle!
Por cierto que son estrañas
las damas.

Clem. Bien hago yo
en tratarlas lo que basta

para un simple pasatiempo.

Mart. Quién diablos se imaginára que un hombre como D. Juan en competencia se hallára contigo. Es un miserable, un necio.

Clem. Y aun otra falta mayor, que es la de cobarde.

Mart. Presumí que te chañceabas quando dijiste que él otros dos sugetos saca consigo ai campo.

Clem. Te dije la verdad: oye la carta que me entregó su criado.

Mart. Siendo suya será estraña.

Lee Clem. Muy señor mio: he pensado que el sitio mas á propósito para morir con gusto, es el atillo de San Blas; porque desde allí llegará mas pronto al cielo el que muera: y si va á los infiernos tardará mas en bajar, y esos tizonazos llevará menos: la hora será la de las once: yo bien hubiera querido fuese mas temprano; pero los dos amigos que llevo para que riñan á mi lado, acostumbran á levantarse tarde, y no es regular darles el mal rato del desafio, y el de la madrugada. No falteis á la hora que digo, y allí encontrareis con vuestro enemigo.

Juan Martínez Caniego.

Viste papel mas gracioso?

Cart. Merecía se archivára para perpetua memoria.

Clem. Pues que de dos se acompaña el Regidor, es preciso que tambien conmigo vaya á lo menos un amigo.

Mart. Cómo uno: dos te hacen falta.

Clem. No es fácil de encontrar dos: a demas lleva tu espada.

Mart. Como si no la llevase: tú no cuentes para nada conmigo, y busca padrinos.

Clem. No te da vergüenza?

Mart. Calla, que me ocurre un pensamiento:

ves tu solo, y quando salgan los que lleva el Regidor, conociendo la ventaja es preciso que no riñan.

Clem. En saliendo á la campaña reñiré yo con los tres.

Mart. Hay una moda mas rara que la de llevar padrinos? Que se esté un hombre en su casa descansando muy tranquilo, y que otro pícaro vaya y diga, ven conmigo que está mi fama enpenada, y hago confianza en vos: bribon, haz la confianza en tu espada, y riñe tú la pendencia, pues la causas. Llevar á uno por padrino á una boda, aun eso vaya, aunque tambien es historia. Hacer á un hombre que salga por padrino de un bateo, vaya con Dios, aunque gasta. Pero que llamen padrino al que vá de mala gana por la cólera del otro á recibir estocadas es un abuso insufrible: y la cosa mas estraña no es que haya locos que llamen sí que haya tontos que vayan.

Clem. A quién llevaré á mi lado?

Mart. No lo sé: pero oyes, llama á D. Bernardo que es hombre que en una pendencia honrada jamás la espalda volvió, verdad es, que por desgracia sacó tres grandes heridas.

Clem. Pues mira de mejor gana llevára á quien se las dió.

Mart. Y aun yo te lo aconsejára. Valgame Dios quién irá contigo?

Clem. Por allí pasa D. Julian.

Mart. Huy amos de él,

Clem. Nos ha visto y adelanta el paso.

Mart. Si al desafío sales despues que le hablas, por fuerza te han de vencer pues vas molido hasta el alma.

ESCENA II.

Dichos, y Don Julian.

Jul. Don Clemente. Que fortuna es hallaros. Yo os buscaba precisamente.

Mart. Será solo por charlar.

Clem. ¿Qué causa os hace buscarme?

Jul. Una, que puede os parezca estraña? respondedme con franqueza: conocéis á aquella dama

con quien hablabais ayer?

Clem. Á la franqueza faltára negando que la conozco, y que la amo.

Jul. Ay taymada, ¿y ella os corresponde?

Clem. En eso hay que decir.

Jul. Os engaña como á mí?

Clem. No diré tanto.

Jul. Pues yo sí: la prueba clara es que anoche me avisó que fuese al instante á hablarla. Díome mil satisfacciones porque yo encontré en su casa á un Juan Martinez Caniego, y me contó que acababa de haber no sé qué pendencia con un galan y dos damas, que por cierto no creí.

Clem. Ojalá que en todo hablára tanta verdad como en eso.

Jul. ¿Pues que sabeis?...

Clem. Yo fui causa de la pendencia que dixo, pues hallándome en su casa...

Jul. ¿En su casa?

Clem. ¿Lo estrañais?

Jul. Varian las circunstancias

Abre el ojo,

que ella me contó, pues dixo que por la calle pasaba uno á quien no conoció, á tiempo que ella se hallaba en la reja, y...

Clem. No sigais:

¡hay una muger mas falsa! En fin, podré yo saber á qué fin toda esa trama urdió?

Jul. Para suplicarme que yo la lleve á la Mancha unos dias, evitando el que padezca su fama por lo que anoche pasó.

Clem. Y era esta la que clamaba porque yo me decidiese á ser su esposo... ¡ah tirana!

Jul. Tambien de D. Juan Martinez lo propio solicitaba, segun él mismo me dixo.

Clem. Con tales veras la ama, que en defensa de su mano intenta medir las armas conmigo.

Jul. ¿Con vos?

Clem. Hoy mismo.

Mart. Y junto á S. Blas le aguarda, de otros dos acompañado, por si acaso van maldadas, sin ver que mi amo va solo.

Clem. Calla necio.

Jul. No pensaba que un caballero eso hiciese.

Mart. Señor, pues no veis su facha: él es muy capaz de todo.

Jul. Conque no tenéis quien vaya con vos?

Clem. Ni lo necesito.

Jul. Tres contra uno es ventaja demasiada, así aceptad mi persona con mi espada.

Mart. Este por entremeterse va á reñir. Quanto me holgára que saliese escarmentado.

Clem. Don Julian, os doy las gracias por vuestro favor: con todo no le admito.

Jul. Lo tomára
á desayre.

Mart. Dejale, (amo.
ap. á sus
sirvate esta vez por tantas
como nos ha molestado
con su lengua escornulgada.

Clem. Porque no creais desayro
vuestro valor, á campaña
os llevaré por padrino.

Jul. Lo seré de buena gana.
¿con qué en S. Blas?

Clem. A las once.

Jul. Presumo no tiene gana
de reñir el Regidor,
puesto que tan tarde os llama,
y es fuerza no falte gente
por allí.

Clem. De otro dudára
que así fuese; pero de él
todo es posible.

Jul. Pues faltá
cerca de una hora, quiero
ir ahora á cierta casa,
y luego allá nos veremos.

Clem. Pues á Dios.

Jul. Yo no haré falta.

Mart. Y le dejas ir así?
mira que si al paso halla
con quien hablar, se entretiene
y no va.

Clem. Mas que no vaya:
si son como el Regidor
los otros, sobra mi espada. vanse.

ESCENA III.

Don Julian solo.

Jul. Pues señor, quedo lucido
con los amores de Clara,
despues de que me han costado
mucho mas que quantas damas
he tenido. Hay desengaño,
que á nadie mas caro salga!
Pero yo tengo la culpa,
pues quise dexar las damas
que tenia, por seguir
á una loca como Clara.
Lo mejor será volverme
á una qualquiera de tantas,

pues que qualquiera es mejor
que la que dexó. Sí, vaya
de escarmiento, y de este modo
evitaré que se me haga
mayor daño. La hermosura,
aunque cautiva las almas
por si sola, el corazon
á satisfacer no basta.
Elegiré, entre las muchas
que conozco, alguna dama
de mucho juicio y virtud
que ocupe el lugar de Clara;
pero la suerte parece
que á mi favor se declara
pues Beatriz allí viene.
Desde que pasé á la Alcarria
no la he visto... Ya he resuelto:
disculpame, y se entabla
la amistad con mayor fuerza
y mas amor.

ESCENA IV.

Dicho, Beatriz y Sebastiana.

Beat. Sebastiana,
¿no es D. Julian?

Jul. Si que soy,
dueño mio.

Beat. Quién pensára
que estuvieses en Madrid.

Jul. Llegué anoche.

Beat. Y á mi casa
no fuiste.

Jul. Vine cansado;
pero el dia no pasára
sin hacerte una visita:
como en ausencia tan larga
estuviste?

Beat. Como ausente:
Esto que te diga basta
para que entiendas lo mal
que lo pasé.

Jul. La constancia ap.
de esta quisiera la otra:
si con desprecios me ama
qué hiciera correspondida.

Beat. ¿Qué piensas?

Jul. ¿Prenda adorada,
puedo pensar sino en ti?
Perdoname que no haya
escrito pues ya tu puedes
imaginar que la causa
habrá sido el evitar
que alguna estraviada carta
llegase á mirar tu hermano.

Beat. Ya ese temor te se acaba.

Jul. ¿Pues cómo?

Beat. ¿Cómo murió?

Jul. Pesame á par de mi alma,
aunque para mí es fortuna
lo que para ti es desgracia;
pues viviendo él, no era fácil
que el premio mi amor lograra.

Beat. Si D. Julian, ya estoy sola,
y puedo por esta causa
dar mi mano á quien quisiere:
¿pero qué tienes? te hallas
inquieta.

Jul. Las diez y media
no serán ya?

Beat. Poco falta,
en caso que no hayan dado.

Jul. Pues es la hora.

Beat. En que aguardas
á alguna?

Jul. No Beatriz;
un asunto de importancia
me está llamando, y...

Beat. No finjas.

Jul. Te juro no finjo en nada.

Beat. Ni en tu amor.

Jul. En ese punto
mucho menos; yo á tu casa
iré luego, y hablaremos
muy despacio: á Dios.

Beat. Aguarda;
me has de decir donde vas.

Jul. Es imposible.

Beat. Repara
que me ofendes.

Jul. No te ofendo:
esperame luego en casa
que breve iré.

Beat. Ya no vivo
donde con mi hermano estaba.

Abre el ojo,

Jul. ¿Cómo no? ¿pues dónde vives?

Beat. Poco ha que compré una casa
en la calle de las Huertas.

Jul. ¿De las Huertas?

Beat. ¿Qué lo estrañas?

Jul. No lo estraño; pero dime,
es...

Beat. Acia las Trinitarias.

Jul. ¿Una casa nueva?

Beat. Si.

Jul. Hay casualidad mas rara?

Beat. Todo te admira.

Jul. No quieres
que me admire, viendo tantas
novedades como encuentro.

Beat. Quando la ausencia es tan larga
como la tuya, es bien fácil
que mil novedades haya.
Ademas, que tu descuido
en escribirme fué causa
de no saber lo que aqui
mientras tu ausencia pasaba.
En fin ahora has de venir
conmigo, sabrás la casa.

Jul. Beatriz, es imposible
el que ahora contigo vaya:
ademas...

Beat. ¿Qué?

Jul. ¿Dí, no vive
en esa casa una dama
que Clara se ha de llamar?

Beat. ¿Julian conoces á Clara?

Jul. No la conozco, no.

Beat. Es falso.

Jul. Un amigo es quien la trata.

Beat. Esa es muy comun escusa:
jamás un amigo falta
á quien culpar lo que hacemos.

Jul. Dígote que nunca:::

Beat. Calla,
que no he de creer lo que dices.
Ven al instante á mi casa,
ó si te niegas confirmo
mis sospechas.

Jul. Infundadas
son esta vez. Creelo.

Beat. No quedaré asegurada
si no vienes.

Jul. Considera...

Beat. ¿Temes que te vea Clara?

Jul. No por mi vida.

Beat. ¿Pues qué te detiene?

Jul. Que empeñada tengo ya con cierto amigo mi palabra.

Beat. No hay palabra que no se pueda romper quando se opone la dama que se adora.

Jul. Sin embargo, es asunto de importancia, y tanto que si no voy peligra mi honor, y fama

Beat. Elige, ó yo voy contigo á donde fueses, ó á casa vienes conmigo.

Jul. Hay apuro semejante?

Beat. Elije; acaba,

Jul. Ni uno ni otro puede ser, pues si tú me acompañaras fuera mal visto, y si voy contigo se me culpará de poco fiel á mi amigo.

Beat. Que amigo es ese de tanta intimidad?

Jul. Un sugeto que se vale de mi espada en cierto duelo que tiene, y pues ya sabes la causa que me separa de tí, disculpame.

Beat. Pero falsa puede ser la causa.

Jul. No.

Beat. Y permitiré que vayas desde mis brazos á un duelo?

Jul. Beatriz, no temas nada, pues quizás se compondrá sin llegar á las espadas.

Beat. ¿Cuál es la causa del duelo? será acaso alguna dama.

Jul. Yo solo voy de padrino, mi amigo sabe la causa.

Beat. Valgate Dios por amigo,

qué acomodado le hallas para disculparte.

Jul. Mira que no te engaño.

Beat. Me basta que lo asegures, Julian.

Jul. No se miente á quien se ama.

Beat. ¿Dónde es el duelo?

Jul. En S. Blas, á las once. Vete á casa, que muy breve iré á buscarte.

Beat. Mira que me des palabra de ir allá.

Jul. Y de que jamás traicion á tu amor le haga un eorazon que te adora

Beat. Pues vete, á Dios, no hagas falta á tu amigo.

Jul. Eres en todo muy prudente. A Dios.

Beat. El vaya contigo.

ESCENA V.

Beatriz y Sebastiana.

Beat. Quántas sospechas me da el duelo Sebastiana.

Seb. ¿Sospechas el duelo?

Beat. Si. Anoche en casa de Clara quedó aplazado para hoy un duelo. Julian estraña que viva donde yo vivo, y nombra á la misma Clara.

Seb. ¿Qué infieres de eso?

Beat. Que es ella la que fué del duelo causa.

Seb. Si es eso: quántos amantes tienes, al instante trata de quitártelos.

Beat. Es fuerza que en esta propia mañana se acaben tantos desayres. No he de volver á mi casa sin ver si Julian me ofende, y si la Clara es su dama.

Seb. ¿Cómo ha de ser?

Beat. A S. Blas
heinos de ir.

Seb. Se mormurára
ver mugeres en un duelo.

Beat. Podemos sin ser notadas
ver desde lejos quién es
quien con D. Julian la espada
mide.

Seb. Pero no contemplas...

Beat. Nada atiendo, Sebastiana,
Clemente me ha desairado
por los amores de Clara,
y sospecho de Julian
que á la misma tambien ama,
y así es preciso que hoy
de tantas sospechas salga.

Seb. Si ha de ser, vamos allá.

Beat. Si nuevamente mirára
un desayre, vive Dios
que sabré tomar venganza.

ESCENA VI.

Vista de campo.

Don Juan Martinez y Teneblario.

Juan. Teneblario ¿no parece
el coche?

Ten. No veo nada.

Juan. ¿Hombre si nos dará chasco?

Ten. Pero quién ha visto...

Juan. Calla,
qué no puedes penetrar
mis intenciones. Son dadas
las once, y mi contrincante
no parece en la estacada.

Ten. Pues si tarda un poco mas,
toma mi consejo, y marcha
ácia casa.

Juan. ¿Qué es marchar?
Eso mi honor vulnerará.

Ten. Pero antes no me decías
que tú en reñir no pensabas.

Juan. Ni pienso en ello tampoco.

Ten. ¿Pues luego á qué al otro aguardas?
y cuando la de valiente
no quieres viendo que tarda

Abre el o'ó,
volvete á casa?

Juan. Las riñas
son lo mismo que las damas.
Es un tonto quien las busca,
y otro tonto quien las halla
al paso, y nada las dice.

Yo encontré sin que buscára
el duelo, y he decirle
tan siquiera una palabra
de paso. De otra manera
en Betanzos murmurarán
del Regidor Juan Martinez,
y ya se sabe en la patria
á dónde alcanza este brazo.

Ten. Si la vista y la distancia
no me mienten, allí sube
D. Clemente y le acompaña
otro.

Juan. ¿Qué dices?

Ten. Lo cierto:
y es D. Julian de la Mata.
Juan. Mas si vendrá á convidarme
á comer? Es cosa rara
que Clemente traiga á nadie
consigo quando me llama
á un duelo.

Ten. El D. Julian
vendrá á servir en la danza
de padrino.

Juan. Si eso fuere
requiere al punto tu espada
que á mi lado has de ponerte.

Ten. El diablo me lo mandaba.

Juan. ¿Luego soy el diablo yo?
bribon mira lo que hablas.

Ten. Riñe tú que tienes zelos
y amores, que á mi me falta
la cólera y el motivo.

Juan. Reñirás, pese á tu alma,
si riño yo

Ten. Allá veremos
lo que ha de ser.

Juan. Ea calla,
que ya estan mis enemigos
en el campo.

ESCENA VII.

Dichos, Don Clemente, Don Julian
y Martin.

Juan ¡Qué tardanza!
juzgaba que no veniais.

Clem. Yo jamás á mi palabra
he faltado.

Jul. Ni yo.

Juan. Y vos.
quándo la habeis dado?

Clem. Se halla.
convidado por mí.

Juan. ¡Lindo!
con que vmd., señor, se anda
convidando á desafíos.
No mirais que esto desaira
vuestro valor?

Clem. No es así:
el vuestro si que se infama,
porque quanto yo os reté
tan solo con vos contaba,
y traeis otros amigos.

Juan. ¿Yo amigos?

Clem. Esto declara
vuestro villete.

Juan. Qué necio
sois D. Clemente? Juzgaba
que entendieseis lo que quise
decir.

Clem. No tengo la gracia
de adivinar

Juan. Ve ahí
en qué estuvo la desgracia.
Los amigos que yo traigo
no os dañarán con su espada.

Jul. ¿No vienen á favor vuestro?

Juan. No señor.

Clem. Pues escusada
es vuestra asistencia ya;
os doy repetidas gracias,
y os suplico...

Jul. No sigais
pues quedará desayrada
vuestra súplica. Aquí vine
á reñir, y nada basta
á separarme del puesto,
sin dexar antes mi espada

bien puesta.

Clem. ¿Pero si solo
el Sr. D. Juan se halla?

Jul. No importa.

Clem. Mirad..

Juan. Dejadle,
no faltarán estocadas
para él; precisamente
todavía en la garganta
la bebida de anoche
tengo medio atravesada.

Jul. ¿Qué decis?

Juan. Que refresqué,
y os entendí bien las maulas.

Jul. Habladme con mas respeto.

Juan. Señores, pues que nos falta
concluir un desafío
no empieze otro.

Clem. A qué se aguarda
que no empezamos el nuestro:
vaya, sacad esa espada.

Juan. Ahora nos viene con prisas.
Aguardaos, señor, que faltan
los amigos que cité.

Clem. No decis..

Juan. No dixé nada.

Clem. Vive Dios que no os entiendo.

Jul. Ninguno á entenderle alcanza.

Dixo que no viene nadie,
y luego dice que aguarda
los amigos que citó.

Clem. ¡Hay confusion mas estraña!
¿venis solo, ó no venis?

Juan. Si, y no.

Clem. Dexad las chanzas.

Juan. Qué chanzas: sí.

Ten. El Simon viene. *ap. á D. Juan.*

Juan. Ya quedarán aclaradas
las dudas.

Clem. ¿Cómo?

Juan. Esperadme,
que pronto vuelvo. *vas. y Ten.*

Jul. Si trata
de burlarnos?

Clem. Yo no sé
que presuma.

Jul. ¡Cómo baxa
la cuesta! Si volverá?

Clem. Sigámosle.

Jul. No.

Se ponen al bastidor como que observan.

ESCENA VIII.

Dichos, y por otro lado Beatriz y Sebastiana.

Seb. Aquí hallas
á tu galán con el otro
que también lo es.

Beat. Qué mas clara
puede estar la ofensa mía?
yo llevo á hablarle.

Seb. Repara
que parece estan amigos.

Beat. Aguardarán que se vaya
la gente que de aquel ceche
se apca.

Seb. Y que no te engañas,
pues la observan con cuidado.

Beat. El sufrimiento se acaba.

¿Sr. D. Julian?

Jul. ¿Quién es?

¡pero Beatriz!

Beat. Acaba
de confirmar tus traiciones.

Clem. ¿Beatriz aquí?

Jul. ¿Qué hablas?

Retirate que ya el duelo
va á empezar.

Beat. En vano tratas
de apartarme. Reñid, pues,
desnudad esas espadas,
que yo no os estorbaré.
antes veré mi venganza
en la muerte de qualquiera
de los dos.

Jul. Demencia rara
es la tuya.

Beat. Sí, traidores:
enamorados de Clara
os habeis citado al campo.

Clem. Por lo que escucho, esta dama
es vuestra dama?

Jul. Sí lo es
la que os dixé que aguardaba

Abre el ojo,

fuese mi esposa, supuesto
que es incapaz...

Clem. Elogiada,
pero no en presencia mía.

Beat. Te atreves...

Clem. Traydora, falsa,
¿no te confunde mi vista?
¿era ésta la fé jurada?

Jul. ¿Luego vuestra dama es?

Beat. Quisele un tiempo engañada,
mas luego le desprecié.

Clem. Tanto que en casa de Clara
me buscó.

Jul. ¿Qué es lo que escucho!

Beat. No lo creas.

Clem. Nunca falta
á la verdad esta boca.

ESCENA ULTIMA.

*Dichos, Juan, Teneblario, Clara
é Hipólita.*

Juan. Parece está comenzada
otra pendencia.

Clem. ¿Qué miro!
Hipólita aquí con Clara.

Beat. Hay teneis falsos amantes
la prenda que disputada
ha de ser por el valor.

Jul. Te afirmo que yo ignoraba
su venida.

Clem. Y yo.

Juan. Bien dicen,
ninguno sabia nada.
sino yo que las cité.

Clem. Citar á un duelo dos damas,
¿qué decis?

Juan. ¿Y porqué no?

Jul. ¿Quándo se ha visto?

Juan. Es bien rara
la objecion por vida mía.
¿Lo que en estos tiempos pasa
no es todo ello al revés
de lo que en otros se usaba?
pues por qué no he de poder
hacer alguna mudanza
en esto de desafíos?

Estas damas son la causa
de que riñamos, y es justo
que presencien la batalla.
Ademas ellas tambien
no estan entre si indignadas
unas con otras?

Clem. Qué importa?

Juan. Pues razon será que salgan
y riñan tambien. En fin,
estas son las que aguardaba:
Clara quiere á tres á un tiempo;
Hipólita menos falsa
quiere á dos.

Clar. Si, pero ustedes
igualmente nos engañan.

Juan. Mirad aquí como todos
tenemos muy buena causa
para reñir.

Clem. Contemplad
que de impertinencia pasa:
retireñse estas señoras,
y desenvainad la espada.

Juan. Dígole á ymd. que no quiero.

Clem. ¿Pues no os cité!

Jul. ¿Qué se trata?

¿por qué reñimos los dos?

¿No es por el amor de Clara?

Pues Clara no tiene amor
á ninguno.

Clar. Es demasiada
vuestra imprudencia. Clemente
me defiende por su dama,
pues anoche...

Clem. Calla aleve,
si á D. Julian de la Mata
citaste despues del lance,
y trataste te llevara
consigo á la Mancha, cómo
sostienes que eres mi dama?

Beat. Ingrato, ¿no me decias
que no conoces á Clara?

Jul. Te engañé, como tu aleve
con Clemente me engañabas.

Juan. Ya escampa, y llueven pendencias,
¿y hemos de andar á estocadas
por mugeres tan mudables,
que á un tiempo á tantos engañan?

Beat. ¿Y hemos de admitir nosotras

á quien tiene tantas damas?

Juan. Vean ustedes lo que es;
si un Poeta presentára
este quadro en el teatro,
todo el patio le gritára,
y sin embargo esto mismo
es lo que en el mundo pasa:
vaya señores seamos
amigos.

Clar. Yo la palabra
que me distes te recuerdo.

Clem. Te cansas en vano Clara,
yo no quiero ser tu esposo.

Jul. Ni yo tampoco.

Juan. Y yo pajas.

Beat. Pero Julian...

Hip. Pero Juan...

Juan. ¿Cómo viéndose burladas
se recojen á sagrado!

Ea, retireñse á casa,
que todos las despreciamos.

Clem. Por mudables.

Jul. Y por falsas.

Clar. Es verdad; pero tambien
quizá nos hacen ventaja
en eso los hombres.

Juan. Digo
que tiene razon la Clara,
y pues todos encontramos
el desengaño, alianza
hemos de hacer cada uno
con su sexô.

Hip. Que se haga.

*Se ponen á un lado los hombres, y á
otro las mugeres.*

Clem. Galanes que vais al Prado
solamente á buscar damas,
mirad qué bellas esposas
son las que en el Prado se hallan.

Clar. Damas que crédito dais
á lo que el galan os habla,
sabed que es un pasatiempo,
que con el tiempo se pasa.

Jul. Hombres los que regalais
estrados, y pagais casas,
sabed que si las pagais

otros suelen disfrutarlas.
Beat. Mujeres á quien su amante
 jura que no tiene dama,
 sabed que quando lo jura
 allí mismo lo quebranta?
Juan. Y pues hay pocas mugeres
 de las que de veras aman...
Hip. Y pues son pocos los hombres
 que de engañarnos no tratan...

Abre el ojo.

Clar. Miren bien unas y otros
 en quién tienen confianza:
 busquen solo la virtud,
 que es la que jamás engaña.
Juan. Y teniendo muy presente
 el lance que forma el drama,
 digamos, abrid el ojo,
 que aquesto en el mundo pasa.

MADRID; AÑO DE 1814.

*Se hallará en la librería de la Viuda de Quiroga, calle de las Carretas,
 núm. 9; con quantas Comedias, Tragedias, Autos Sacramentales y Saynetes se
 han impreso hasta esta época.*